

SAN JERÓNIMO
DE VIRIS ILLUSTRIBUS
SOBRE LOS HOMBRES ILUSTRES

Serie
Santos Padres
Nº 55

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

Con licencia Eclesiástica

ISBN: 84-7770-475-1

Deposito Legal: Gr. 1982-99

Imprime: Azahara S.L.

Printed in Spain

Libro dedicado a Dexter, Prefecto del Pretorio.

PRÓLOGO.- Me exhortas, Dexter, a caminar sobre las huellas de Tranquillus, disponiendo por orden los escritores eclesiásticos, y lo que él ha hecho en la literatura profana para su catálogo de hombres ilustres, quieres que yo lo haga para los nuestros, es decir, que a partir de la pasión de Cristo hasta el año decimocuarto del emperador Teodosio, te enumere y exponga brevemente cuantos han transmitido a la posteridad algún tratado sobre la Sagrada Escritura. Es lo que ya han hecho entre los griegos, el peripatético Hermippus, el hombre de letras Antigonus Carystius, y el más sabio de todos, el músico Aristoxenus. Por otra parte, entre los latinos, aquellos cuyo ejemplo me propones para estimularme: Varro, Santra, Nepos e Hyginus. Pero mi situación no es como la de esos autores. Ellos, por su parte, consultando la historia antigua y las crónicas anuales, pudieron recoger, como de una inmensa pradera, para tejer en sus opúsculos, una corona no pequeña. En cuanto a mí, ¿qué voy a hacer sin poder seguir a quien me preceda, y teniendo como maestro a mí mismo, el peor de todos? Sin duda el comentario de Eusebio sobre los diez libros de la historia eclesiástica de Pamphilo me servirá de gran ayuda, así como los volúmenes de los que voy a hablar, en que frecuentemente se encuentra la vida de sus autores. Así, pues, pido a Nuestro Señor Jesucristo llevar a cabo la tarea que me encomendáis, y hacer, por los escritores de su iglesia, lo que Cicerón, el príncipe de la elocuencia romana, no desdeñó de

hacer en su *Bruto*, dándonos el catálogo de los oradores latinos. Si en este volumen olvido a algunos escritores, habrá que imputárselo más que a mí, a ellos. Al ocultar sus escritos, ¿cómo podría hablar con conocimiento de causa de lo que no he leído? ¿Además, hay que admirarse de que en este rincón de Belén, yo ignore cosas que otros puedan saber? Y los que ya se hubieran ilustrado con esos escritos, no suspirarán por el dispendio de mi silencio. ¡Que Celso, Porfirio y Julián, esos perros afectados de rabia contra Cristo, y que sus seguidores sectarios aprendan, (ellos para quienes la Iglesia nunca ha contado con filósofos, oradores y doctores) cuántos y qué calidad de hombres ilustres han fundado la Iglesia, la han levantado y la han embellecido; y que en adelante dejen de argumentar contra nuestra fe con una simplicidad propia de rústicos, y reconozcan más bien su completa ignorancia. Adiós en el Señor Jesucristo.

COMIENZO DEL LIBRO

CAPITULO 1º

Simón Pedro era hijo de Juan, nacido en la provincia de Galilea, del pueblo de Bethsaida, hermano del apóstol Andrés (Mt 4, 18). Habiendo llegado a ser príncipe del cuerpo apostólico, trasladó su sede episcopal a Antioquía, que abandonó, y predicó algún tiempo a los que creían y admitían la circuncisión, y

se encuentran diseminados por el Ponto, la Galacia, Capadocia, Asia y Bithynia. A continuación, marchó a Roma, en el 2º año del emperador Claude, queriendo confundir a Simón-el-mago, Durante 25 años, mantuvo su cátedra sacerdotal hasta el último año del mandato de Nerón, es decir, hasta el año 14. Es entonces cuando, fijado a la cruz, fue coronado del martirio, con los pies hacia arriba y la cabeza abajo: afirmando ser indigno de ser crucificado como su Señor. Escribió dos cartas, llamadas ambas católicas: negándole muchos la autoría de la segunda por su estilo, diferente del de la primera. Se le atribuye el evangelio de Marcos, su discípulo e intérprete, En cuanto a los libros, de los que el primero tiene por título los Actos, el segundo el Evangelio, el tercero la Predicación, el cuarto el Apocalipsis y el quinto el Juicio, son rechazados como apócrifos. Sepultado en Roma, en el Vaticano, junto a la vía Triunfal, es objeto de veneración del mundo entero.

CAPÍTULO 2º

Santiago, el hermano del Señor (Gal 1, 10), apodado el justo, sería, según algunos, el hijo que José hubiera tenido de otra esposa. Según mi juicio, es hijo de María, hermana de la madre del Señor (Jn 19, 25), mencionada por Juan en su evangelio. Los Apóstoles lo ordenaron obispo de Jerusalén, inmediatamente después de la pasión de nuestro Señor. Escribió solamente una Epístola, una de las siete Epístolas Ca-

tólicas. Se dice que fue publicada por otro que se la atribuyó como autor, aunque poco a poco, con el tiempo, fuera reconocida como auténtica de su propia autoría, la de este Apóstol Santiago. Hegessipo, próximo al tiempo de los Apóstoles, narra en el quinto libro de sus Comentarios, a propósito de Santiago, lo que sigue a continuación: “Santiago, el hermano del Señor, apodado el Justo, recibió desde los Apóstoles la Iglesia de Jerusalén. Muchos llevaban el nombre de Santiago. Éste fue santificado desde el seno de su madre. Jamás bebió vino u otro licor, jamás comió carne, nunca cortó su cabellera, ni se bañó; y se privó de esencias perfumadas. A él únicamente le estaba permitido penetrar en el Sancta Sanctorum: dado que no empleaba ropa de lana, sino de cuerdas, que entraba solo en el templo, orando largos espacios de tiempo de rodillas, se suponía que la rugosidad y la dureza de sus rodillas era como la del camello.” Dice otras muchas cosas, cuya enumeración nos alargaría. Pero también José, en su vigésimo libro de las Antigüedades, y Clemente en el séptimo libro de las Hypotyposes, refieren que a la muerte de Festus, gobernador de la Judea, Nerón envió allí para sucederle a Albino. No había llegado éste todavía, cuando ya Ananus, pontífice joven, hijo de Ananus, de casta sacerdotal, con ocasión de una revuelta, reunió al consejo e intentó públicamente hacer renegar a Santiago de Cristo, Hijo de Dios. Ante el rechazo y negación de este intento por parte de Santiago, Ananus lo mandó lapidar. Precipitado desde el pináculo del templo, rotas las piernas, ya agonizando, tien-

de las manos hacia el cielo y exclama: "Señor, perdónales, no saben lo que hacen." (Lc 23, 34) Golpeado en la cabeza con una estaca de batanero, de las que se suelen emplear para secar las ropas húmedas, expiró. Dice José que tal era su santidad y tan reconocida por el pueblo, que se atribuye a su muerte la ruina de Jerusalén. De él habla Pablo en su carta a los gálatas: "Y no vi a ningún otro apóstol, y sí a Santiago, el hermano del Señor." (Gal 1, 19). Los Hechos de los Apóstoles lo mencionan constantemente (Hechos 15, 12 ss.) También el Evangelio llamado a los Hebreos, que recientemente he traducido al latín y al riego, y del que se sirve Orígenes frecuentemente, relata que después de la Resurrección del Salvador, "Habiendo dado el Señor el sudario de su mortaja al sirviente del sacerdote, se dirigió a Santiago y se le apareció. Pues había jurado Santiago no probar el pan, tras haber bebido del cáliz del Señor, hasta haber visto al Señor resucitado de entre los que duermen." Y un poco más abajo de nuevo: "Traed, dice el Señor, una mesa y pan." Y añade inmediatamente: "Fue llevado el pan que Él dio a Santiago el justo, diciéndole: Hermano mío, come tu pan, pues el Hijo del Hombre ha resucitado." Durante 30 años gobernó la Iglesia de Jerusalén, es decir hasta el séptimo año de Nerón. Fue enterrado cerca del templo de cuyo pináculo había sido precipitado. Su tumba conservó el título hasta el sitio de Tito y el de Adriano, que fue el último. Entre nosotros algunos lo creen enterrado en el Monte de los Olivos, pero esa opinión es falsa.

CAPÍTULO 3º

Mateo o Leví fue publicano antes de llegar a ser apóstol (Mt 9, 9; Mc 2, 14; Lc 5, 27) fue el primero en escribir el Evangelio de Cristo, en texto hebreo, dirigido a los que habían creído, procedentes de la circuncisión: no se sabe con certeza quién lo tradujo posteriormente al griego. Se posee todavía el texto griego en la biblioteca de Cesarea, preparada con sumo cuidado por el mártir Pamphilus. Es lo que yo mismo he podido aprender de los nazarenos, residentes en la ciudad siria de Beorea, quienes se sirven de ese volumen. Hay que destacar que cada vez que el Evangelio cita personalmente o pone en boca del Salvador un texto del Antiguo Testamento, no sigue a los Setenta, sino que se ciñe y se sujeta al texto hebreo, como por ejemplo en los dos siguientes: “He llamado a mi Hijo de Egipto,” y “Porque será llamado Nazareno.”

CAPÍTULO 4º

Judas, hermano de Santiago, nos ha dejado una breve Epístola, de entre las siete Epístolas Católicas. Es rechazada por algunos, ya que del libro apócrifo de Enoch, asume en su carta un testimonio. Sin embargo es contada como parte de la Sagrada Escritura y ha merecido y conservado su autoridad debido a su antigüedad y uso.

CAPÍTULO 5º

El apóstol Pablo, anteriormente Saulo (Act 7, 58) no formó parte de los doce Apóstoles. Procedía de la tribu de Benjamín, nació en Judea, en la ciudad fortificada de Giscalis. Tras la conquista de su ciudad por los romanos, emigró a Tarso de Cilicia (Act 13, 12) con sus padres, quienes le enviaron a Jerusalén para el estudio de la Ley, siendo formado mediante la enseñanza y formación impartidas por el gran sabio Gamaliel, citado por Lucas. Asistió al martirio de Esteban, recibió del pontífice del templo cartas para perseguir a los que creían en Cristo, en el camino a Damasco fue movido con fuerza a la fe, mediante una revelación, como queda escrito en los Hechos de los Apóstoles, pasando de ser un perseguidor a ser un vaso de elección. El primer fruto de su predicación fue la conversión a la fe del procónsul de Chipre Sergio Paulo, por lo que tomó este último nombre. Se le unió Bernabé, y después de haber recorrido gran número de ciudades, volvió a Jerusalén. Allí es ordenado Apóstol de los gentiles por Pedro, Santiago y Juan. Puesto que en los Hechos de los Apóstoles se encuentra escrito todo lo referente a la visita apostólica, diré solamente que 25 años después de la pasión del Señor, en el segundo año de Nerón, siendo Festus sucesor de Félix como procurador de la Judea, es enviado a Roma, cargado de cadenas, pasando dos años en prisión con bastante libertad para discutir contra los judíos sobre la venida de Cristo. Notemos que tras su primera detención y, no estando todavía consolidado el imperio de Nerón, fue enviado por Nerón a predicar en occiden-

te el Evangelio de Cristo, como él mismo nos lo enseña, en la segunda Epístola a Timoteo que dictó, en tiempo de pasión, cargado de cadenas: “En mi primera detención y defensa nadie me asistió, antes bien todos me desampararon. Que no se les tome en cuenta. Pero el Señor me asistió y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles. Y fui librado de la boca del león.” (2Tm 4:16-17) Premeditada y claramente ha empleado el león para significar la crueldad de Nerón. Y a continuación: “Fui librado de la boca del león.” Y a continuación: “Dios me librará de todo mal y me salvará en su reino celeste,” prueba de que él sentía inminente el martirio. Pues en la misma Epístola había puesto ya estas palabras: “Estoy a punto de ser inmolado y derramado en libación y el momento de mi partida es inminente.” (2Tm 4:6). Es, pues, en el año 14 de Nerón, en Roma, le fue arrancada la cabeza, sepultado en la vía Ostiense, 37 años después de la Pasión del Señor, el mismo día en que Pedro. Escribió nueve Epístolas a siete Iglesias, una a los Romanos, dos a los corintios, una a los gálatas, una a los efesios, una a los filipenses, una a los habitantes de Colosas, dos a los Tesalonicenses, además a sus discípulos, a Timoteo, dos, a Tito, una, y a Filemón, una. En cuanto a la carta a los Hebreos, dada la marcada diferencia en el estilo y la lengua, según Tertuliano, hay que atribuir-la a Bernabé, según otros al evangelista Lucas, y según otros a Clemente, obispo posteriormente de la Iglesia de Roma, del que se diría haber hecho como propias las frases de Pablo, habiéndolas ordenado y consignado por escrito. O más bien, puesto que Pablo escribía a los He-

breos, consciente del odio que tenían a su nombre, lo habría arrancado al principio del saludo. Había escrito en hebreo como un hebreo, es decir, en su lengua materna, y consiguientemente con elocuencia, queriendo que lo que había sido escrito elocuentemente en hebreo se tradujera al griego más elocuentemente todavía, y por esta razón esta Epístola parece discrepar de las otras epístolas de Pablo. Todavía algunos atribuyen a Pablo una Epístola a los de Laodicea, siendo esto sin embargo rechazado generalmente.

CAPÍTULO 6º

Bernabé Chipriota, Act 4, 36, también conocido como José Levita, ordenado con Pablo apóstol de los gentiles, Act 13, 2; Gal 2, 9, escribió para edificar la Iglesia, una Epístola que se lee entre las apócrifas. Posteriormente, a causa de su discípulo Juan, también llamado Marcos, se separó de Pablo, Act 15, 37, no dejando por ello sin embargo de ejercitar la obra de la predicación.

CAPÍTULO 7º

Lucas, médico de Antioquía, como nos lo indica en sus escritos, conocedor de la lengua griega, discípulo de Pablo y compañero en todos sus viajes apostólicos, escribió un evangelio del que habla Pablo: “enviamos al hermano, cuyo renombre a causa del

Evangelio se ha extendido por todas las Iglesias.” (2Co 8:18) Y en la Epístola a los colosenses: “Os saluda Lucas, el médico querido, y Demas.” (Col 4:14-15). Y a Timoteo: “Solo Lucas está conmigo.” (2 Tim 4, 11). Nos ha dejado otro libro hermoso que lleva como título: “Hechos de los Apóstoles” que abarca o comprende la historia de aquel tiempo hasta el segundo año que pasó Pablo en Roma, es decir, hasta el cuarto de Nerón. Act 2. 8.30. De donde concluimos que se escribió en la misma ciudad. Por lo tanto “los viajes de Pablo y de Tecla y toda la fábula del león bautizando los consideramos como escrituras apócrifas.” ¿Cómo puede haber olvidado eso solamente, entre tantas cosas, un compañero del Apóstol? Tertuliano, cercano a aquel tiempo, narra que un presbítero, compañero de viaje del apóstol Pablo en Asia, convicto por Juan de ser el autor del libro y, confesando que lo había escrito por amor a Pablo, fue apartado del lugar. Cada vez que Pablo habla en sus Epístolas de “su evangelio” se refiere al de Lucas, que no sólo recogió el evangelio de la boca de Pablo solo, que no había sido compañero del Señor en su vida mortal, sino que también aprendió el Evangelio de los otros Apóstoles.

Es lo que indica al principio de su libro en estos términos: “Tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos y servidores de la Palabra.” Por lo tanto escribió el Evangelio según lo había oído. Los Hechos de los Apóstoles los escribió según los había visto. Enterrado en Constantinopla, en el vigésimo año de Constantino, sus restos fueron

trasladados a esa misma ciudad con los del apóstol Andrés.

CAPÍTULO 8º

Marcos discípulo e intérprete de Pedro, llamado por sus hermanos a Roma, escribió un breve Evangelio, conforme a lo que había oído a Pedro. Después de haberlo leído, Pedro lo aprobó, y en virtud de su autoridad, ordenó su lectura a las Iglesias: es lo que nos refieren Clemente en el sexto libro de las Hypotyposes, y Papías, obispo de Hierápolis. Pedro habla de este Marcos en su primera epístola en que se refiere a Roma de manera figurada, bajo el nombre de Babilonia: "La Iglesia, reunida en esta Babilonia, así como mi hijo Marcos, os saludan." 1 Pe 5, 13. Tomando el Evangelio que había escrito, marcha a Egipto, siendo el primero que anuncia a Cristo en Alejandría y establece allí una Iglesia, con tal doctrina y continencia de vida, que, a imitación suya, mueve a todos a ser discípulos de Cristo. Finalmente, Filón, uno de los mejores oradores de la nación judía, a la vista de la primera Iglesia de Alejandría, todavía judaizante, escribió un libro sobre su conversión, como un elogio de su patria. Y como Lucas (Act. 2, 44) narra que los creyente de Jerusalén lo tenían todo en común, así Filón, a su vez, veía esto realizado en Alejandría bajo la doctrina de Marcos, y así mismo dejaba constancia de ello en sus escritos. Este apóstol murió el año octavo del reino de Nerón y fue sepultado en Alejandría. Le sucedió Anniano.

CAPÍTULO 9º

El Apóstol Juan, discípulo muy amado de Jesús (Jn 13, 29; 19, 26; 20, 2; 21, 7) era hijo de Zebedeo, hermano de Santiago, (Mt 5, 21; 10, 2; Mc 10, 35; Lc 5, 10) el apóstol que Herodes hizo decapitar después de la pasión del Señor (Act. 12, 2ss.). Es el último que escribió el Evangelio, a petición de los obispos de Asia, para combatir a Cerintum y otros herejes, sobre todo el nuevo dogma aparecido entre los ebionitas, afirmando que Cristo no hubiera existido antes de María. Esto es lo que le movió a darnos a conocer la generación divina de Cristo. Pero se da otra razón. Habiendo leído los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, aprobó el texto histórico y afirmó la verdad de sus relatos. Pero contenían solo la historia de un año, el de la pasión del Salvador, tras la prisión de Juan. Dejando a un lado el año cuyos acontecimientos habían sido expuestos por sus otros tres predecesores, narra los hechos que precedieron al encarcelamiento de Juan; como podrá ser manifiesto para el que lea diligentemente los cuatro evangelios. Lo cual hace desaparecer la disonancia o diferencia que parecía existir entre el Evangelio de Juan y los otros tres. También escribió una Epístola, cuyas primeras palabras son: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida;” (1Jn 1:1) Todos los eclesiásticos y eruditos aceptan la carta como de Juan. En cuanto a las otras dos, de las que una comienza: “El Presbítero (anciano) a la Seño-

ra elegida y a sus hijos” y la otra comienza: “El Presbítero (anciano) a su querido Cayo, a quien amo según la verdad,” son atribuidas al presbítero Juan, cuyo sepulcro se muestra en Éfeso, aunque según el parecer de algunos haya de hablarse de dos sepulcros del mismo Juan Evangelista, pero más adelante trataremos este punto a propósito de Papías, que fue discípulo de Juan. En el año 14, el segundo después de la persecución de Nerón, por orden de Domiciano, fue confinado a la isla de Patmos donde escribió el Apocalipsis, interpretado por el mártir Justino e Ireneo. Después de morir Domiciano, anulados sus actos por el Senado, a causa de su crueldad exagerada. Durante el principado de Nerva Juan regresó a Éfeso, donde permaneció a lo largo del gobierno de Trajano. Allí fundó y gobernó todas las Iglesias de Asia, y aplastado por la vejez, murió 68 años después de la pasión del Señor. Fue sepultado en la misma ciudad de Éfeso.

CAPÍTULO 10º

Hermas, del que hace mención el apóstol Pablo en su epístola a los Romanos: “Saludad a Asincrito y Flegonta, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a los hermanos que están con ellos,” (Rom 16, 14) tratándose sin duda del autor del libro titulado el Pastor, que se lee públicamente ya en varias Iglesias de Grecia. Libro realmente útil, en el que han recogido testimonios muchos antiguos escritores. Sin embargo es casi desconocido para los Latinos.

Capítulo 11º

Al judío Filón, natural de Alejandría, de linaje sacerdotal, lo presento entre los escritores eclesiásticos, porque en un libro que escribió a propósito de la primitiva Iglesia fundada por el evangelista Marcos en Alejandría, abundaba en alabanzas a los nuestros, no sólo de Alejandría, sino también de otras provincias, llamando a sus viviendas, monasterios. Prueba de que en aquella Iglesia primitiva los fieles eran lo que los monjes de hoy desean y por lo que se esfuerzan en llegar a ser, nadie tiene algo como propio, no hay ni ricos ni pobres. Dan los patrimonios a los indigentes, se dedican a la oración y al canto de los Salmos, al estudio de la doctrina, y se entregan a la continencia, como nos relata Lucas (Act 2, 44; 4, 32), refiriéndose primeramente a lo que hacían al principio los creyentes de Jerusalén. Se dice que bajo el gobierno de Cayo Calígula, Filón, habiendo sido enviado a Roma como legado, se encontró en situaciones peligrosas. Bajo el gobierno de Claudio, al regresar por segunda vez a Roma, dialogó con el apóstol Pedro, estableciendo así mismo de este modo una amistad con Marcos, discípulo de Pedro, lo cual contribuyó al elogio que hizo en Alejandría de los cristianos. Se conservan todavía ilustres e innumerables obras sobre los cinco libros de Moisés, un libro sobre la confusión de las lenguas, otro sobre la Naturaleza y la Primera Parte de la Retórica, otro sobre lo que conviene o repugna a nuestros sentidos, otro sobre la erudición, otro sobre el Heredero de las cosa divinas, otro

sobre la división de iguales y contrarios, otro sobre la Tres virtudes, otro sobre la razón de los cambios de nombres en la Sagrada Escritura, dos libros sobre los pactos, uno sobre la Vida del sabio, otro sobre los Gigantes, cinco sobre los Sueños, enviados por Dios, otros cinco libros sobre cuestiones y soluciones en el Éxodo, cuatro libros sobre el Tabernáculo y el Decálogo, sobre las Víctimas y Promesas o anatemas, sobre la Providencia, sobre los Judíos, sobre el Mantenimiento de la vida, sobre Alejandro, un libro sobre los animales mudos que tienen una inteligencia particular, sobre los locos, los cuales son siervos, y sobre la Vida de los nuestros, respecto de lo cual, ya hemos tratado anteriormente, es decir el libro sobre los varones Apostólicos, al que ha dado por título, la vida contemplativa de los santos, porque contemplan las cosas celestes y rezan a Dios sin cesar. Y con otros títulos, ha escrito dos libros sobre la Agricultura, dos sobre la borrachera. Existen además otros monumentos de su capacidad genial que no han llegado hasta nosotros. De donde ha surgido el dicho entre los griegos: “O Platón filoniza o Filón platoniza”, es decir, o Platón sigue a Filón, o Filón sigue a Platón; de tal manera se parece su pensamiento y su expresión.

CAPÍTULO 12º

Lucio Anneo Séneca, de Córdoba, discípulo del estoico Socion, suegro del poeta Lucano, pasó su vida en una continencia admirable. No lo incluiría en el

catálogo de los santos, si no me determinaran a ello esas cartas tan leídas hoy por muchos de Pablo a Séneca y de Séneca a Pablo. Preceptor de Nerón, en esa época sumamente poderoso, expresa en sus cartas que deseaba ocupar entre los suyos el lugar que Pablo ocupaba entre los cristianos. Pereció víctima de la crueldad de Nerón dos años antes del martirio de Pedro y Pablo.

CAPÍTULO 13º

José, hijo de Matías, era sacerdote de Jerusalén. Capturado por Vespasiano, fue dejado a su hijo Tito. A su llegada a Roma, ofreció a los dos emperadores, al padre y al hijo, siete libros de sobre la cautividad de los judíos. Los libros fueron entregados a la biblioteca pública, mereciendo, en su honor, una estatua en Roma. Escribió otros veinte libros sobre la Antigüedad, desde el principio del mundo hasta el año décimo cuarto de Domiciano César, y otros dos libros contra Appion, gramático de Alejandría, enviado como delegado por Calígula por parte de los gentiles. Y también escribió un libro contra Filón, cuyo contenido era una acusación destinada a vituperar a la nación judía. Otro libro, titulado: *Sobre el estudio del autogobierno*, es digno de destacar por su elegancia; recoge el martirio de los macabeos. En el libro decimoquinto de las Antigüedades, confiesa con toda claridad que Cristo debe su muerte a los Fariseos, que Juan-Bautista ha sido un verdadero profeta y que la ruina de Je-

rusalén ha sido la continuidad del asesinato del apóstol Santiago. Habla del Señor en los siguientes términos: “En esa misma época vivía Jesús, hombre sabio, si es que hay que llamarlo hombre. Autor de obras admirables, enseñaba a quienes acogen la verdad de buen grado. Contaba con muchos seguidores tanto entre los judíos, como entre los extranjeros, creyéndole ser el Cristo. Cuando Pilato, empujado por la envidia y el odio de nuestros jefes, lo hubo de hacer crucificar, sin embargo, los que habían amado anteriormente al Cristo, perseveraron. Y al tercer día se les mostró vivo. Los Profetas, en sus obras poéticas inspiradas, mucho tiempo antes, habían vaticinado esos prodigios y otros muchos. El pueblo cristiano, cuyo nombre proviene del Cristo, todavía hoy existe.

CAPÍTULO 14º

También Justo, de Tiberíades, en Galilea, ha querido legar una historia del pueblo judío y componer unos pequeños comentarios sobre la Escritura; pero Josefo acusa su obra de mentira. Consta que Justo escribió en la época de Josefo.

CAPÍTULO 15º

Clemente, del que escribe san Pablo en la carta a los filipenses: “con Clemente y demás colaboradores míos, cuyos nombres están escritos en el libro de la

vida” (Fil 4,3), fue el cuarto sucesor de Pedro en Roma; el segundo fue Lino y el tercero Anacleto, aunque entre los latinos se considere a Clemente como el segundo después de Pedro. Escribió en nombre de la Iglesia de Roma a la de Corinto una carta muy útil que se lee en algunos lugares públicamente. En mi opinión existe un gran parecido entre esa carta y la carta a los Hebreos, señalada con el nombre de Pablo. Se encuentra en ambas cartas no solamente el mismo sentido, sino incluso el mismo orden en las palabras. El parecido entre ambas es muy grande. Algunos han hablado de una segunda epístola de Clemente, pero ha sido rechazada por los antiguos., así como la disputa entre Pedro y Pablo largamente redactada, que Eusebio ha resumido en el tercer libro de su historia eclesiástica. Murió el tercer año de Trajano; todavía hoy, una iglesia construida en Roma guarda el recuerdo de su nombre.

CAPÍTULO 16º

Ignacio fue el tercer sucesor de Pedro en la sede de Antioquía. En la persecución provocada por Trajano fue condenado a las bestias, siendo enviado encadenado a Roma. En su itinerario, navegando llegó a Esmirna, donde el discípulo de Juan, Policarpo, era Obispo. Escribió una carta a los Efesios, otra a los Magnesianos, una tercera a los fieles de Tralle; una carta a los Romanos; al salir de esta ciudad, escribió a los Filadelfios y a los esmirnos. Escribió una carta a Policarpo, recomendándole su Iglesia de Antioquía;

en esa carta, a propósito del Evangelio que recientemente he traducido, expresa este testimonio: concierne a la persona de Cristo: “Yo lo he visto después de la resurrección en su cuerpo y así lo creo. Y cuando vino a Pedro y a los que estaban con Pedro, les dijo: “Soy yo, tocadme y ved que no soy un espíritu sin cuerpo. E inmediatamente lo tocaron y creyeron.” Al mencionar tan gran varón, conviene citar algo de lo que escribió a los Romanos: “Por tierra y por mar, día y noche, desde Siria a Roma, me enfrento a diez leopardos, es decir, a diez soldados que me custodian, los cuales, mediante los beneficios se vuelven peores. Su iniquidad se me hace doctrina, pero no por ello estoy justificado. ¡Ojalá pueda disfrutar de las bestias que están preparadas para mí! Las conjuro para que sean certeras y rápidas en sacrificarme y las incitaré a que me devoren, no suceda lo que ha pasado con otros mártires, que las fieras no se atrevan a tocar mi cuerpo. Y si las fieras no quisieran venir, las violentaré y me arrojaré sobre ellas para ser devorado. Perdonadme, hijitos míos, sé lo que me aprovecha. Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo, al no desear nada de lo aparente, para encontrar a Jesucristo. ¡Que el fuego, la cruz, las fieras, la tortura sobre los huesos de todo, la separación de los miembros, que todos los instrumentos del diablo caigan sobre mí, con tal de gozar de Cristo.” Condenado ya a las fieras, en su anhelo de sufrir, al escuchar el rugido de los leones, exclama: “Soy trigo de Cristo. Que los dientes de las fieras lo trituren para que sea un pan sin mancha.” Padebió el martirio en el undécimo año de Trajano.

Sus restos descansan en Antioquía, en el cementerio de la puerta Dafinítica.

CAPÍTULO 17º

Policarpo, discípulo del apóstol san Juan, ordenado obispo de Esmirna por el mismo Apóstol, fue primado de toda Asia. Tuvo a varios apóstoles como maestros, o al menos, los vio, así como también contactó a otros que habían visto al Señor. Con ocasión de algunas cuestiones relativas a la Pascua, durante el imperio de Antonino Pio, en el pontificado de Aniceto, vino a Roma, donde convirtió a numerosos fieles, engañados por las palabras persuasivas de Marción y Valentín. Al encontrar fortuitamente en una ocasión a Marción, a la petición de éste con esta formulación: “Reconócenos”; respondió Policarpo: “Reconozco en ti al primogénito del diablo.” Más tarde, durante el mandato de M. Antonino y L. Aurelio Commodo, en la persecución cuarta después de Nerón, en Esmirna, ante el procónsul y teniendo a todo el pueblo en el anfiteatro gritando en contra de él, fue arrojado a las llamas. Había escrito una carta muy útil a los Filipenses, que se lee todavía en las reuniones de Asia.

CAPÍTULO 18º

Papías, discípulo de Juan, fue obispo de Hierápolis, en Asia. Escribió solamente cinco volúmenes que titu-

ló “Amplificación de los discursos del Señor.” En la introducción afirma que no prestará su confianza a las diversas opiniones, sino que se ajustará a las palabras de los Apóstoles y las seguirá, escribiendo a este respecto: “Consideraba lo que decían Andrés, y Pedro, lo que decían Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Mateo o cualquier otro discípulo del Señor y lo que hablaban Aristión y el anciano Juan, discípulo del Señor. Los libros para leer me sirven mucho menos que una palabra viva que se oye todavía hoy en sus autores. Se ve por este catálogo que el apóstol Juan no es en absoluto el anciano Juan que aparece enumerado después de Aristión. Hicimos esta observación a causa de la opinión ya citada y aceptada por varios, según la cual las dos últimas cartas de Juan se atribuyen no al Apóstol, sino al sacerdote; el cual habría recuperado la tradición judía relativa a los mil años. Ireneo, Apolinar y los que dicen que el Señor reinará con los santos, con su cuerpo, lo han seguido. También Tertuliano en su libro *“Sobre la Esperanza de los Fieles”* lo ha seguido, juntamente con Petabion y Lactancio.

CAPÍTULO 19º

Quadrato, discípulo de los Apóstoles, sucedió a Publio, obispo de Atenas, al morir éste coronado con el martirio por su fe en Jesucristo. Viendo a su Iglesia dispersada por un gran terror, empleó su fe y todo su talento en congregarla. Adriano, llegado a Atenas a pasar un invierno, se hizo iniciar, a él, así como a to-

dos los de Grecia, en los misterios de Eleusina: así, pues, ofreció a los enemigos de los cristianos, la ocasión de ejercer sobre los cristianos toda clase de humillaciones y vejaciones sin la mínima orden del Emperador. Quadrato entrega al Emperador un libro escrito en favor de nuestra religión, muy útil, a base de fe y razón, digno de la doctrina de los Apóstoles; en ese libro, mostrando su edad avanzada, dice haber visto numerosos desgraciados, bajo el peso de diversas calamidades, ser sanados y resucitados por el Señor.

CAPÍTULO 20º

Aristides, filósofo ateniense de gran elocuencia, fue discípulo de Cristo a la antigua usanza; nos ha dejado un volumen conteniendo la razón de nuestros dogmas, en la misma época en que Quadrato ofrecía al emperador Adriano la Apología de los cristianos. Este libro existe todavía hoy entre los filólogos y es expresión de su talento.

CAPÍTULO 21º

Agripa, apodado Castor, hombre de gran saber, presentó contra los 24 volúmenes que el hereje Basilidis había dirigido contra el Evangelio, una disertación vigorosa, mostrando todos sus misterios, enumerando los profetas Barabas y Barcob, y otros nombres bárbaros, que horrorizaban a los que los oían;

según él, el mayor dios era Abraxas, cuyas letras, según la manera griega de contar, vale un año. Basilidis, del que vienen los gnósticos, permaneció en Alejandría durante el tiempo de Sadriano, cuando el general de la facción de los judíos, Cochebas, hacía morir a los cristianos mediante diversos suplicios.

CAPÍTULO 22º

Hegesippo, próximo a los tiempos apostólicos, ha recogido todos los datos históricos concernientes a los acontecimientos de la Iglesia, desde la pasión del Señor hasta su época. Optando por lo que pudiera ser útil para sus lectores, ha redactado cinco libros, con estilo sencillo, para tratar de expresar el talento y manera de hablar de aquellos, sobre quienes escribía su vida. Afirma que vino a Roma durante gobierno de Aniceto, sucesor y décimo obispo después de Pedro, permaneciendo en Roma hasta el pontificado de Eleuterio, anteriormente diácono de Aniceto. Además, en la disputa contra los ídolos, muestra históricamente el error al que debían su éxito y la época de su florecimiento. Dice así: “Se han construido mausoleos y templos a los muertos, como lo vemos en nuestros días; uno de los cuales es Antinous, esclavo del César Adriano, en honor del cual se celebran los juegos gimnásticos en la ciudad de Antinous, edificada en su nombre, y en cuyo templo ha establecido profetas.” Según la historia el César Adriano tenía una marcada y deliciosa preferencia hacia Antinous.

CAPÍTULO 23º

El filósofo Justino, siempre filósofo de cuerpo y alma, nacido en Neápolis (Palestina), hijo de Prisco Bacchio, ha trabajado mucho en favor de la religión. Llegó incluso a ofrecer a Antonino el Piadoso, a sus hijos, y al Senado un libro, “Apología más larga”, escrito contra los gentiles, no avergonzándose en absoluto de la ignominia de la cruz. Y otro libro, “Otra (Apología) más Breve” que entregó a los sucesores de Antonino el Piadoso, a M. Antonino Vero y a L. Aurelio Commodo. Además hay todavía otro volumen contra los gentiles, en que trata de la naturaleza de los demonios; un cuarto volumen, también contra los gentiles, titulado _____, “Refutación”. Otro sobre la “Monarquía de Dios”. Otro titulado “El Salmista” y otro sobre “El Alma”. Contra los judíos escribió el diálogo que mantuvo con su jefe Trifón; contra Marción, opuso dos hermosas obras, sobre las que habla Ireneo en su cuarto libro contra las herejías. Y otro libro contra todas las herejías, sobre el cual hace mención en el “Apologético” que dio a Antonino el Piadoso en Roma. Durante su estancia en Roma, tuvo que resistir las diatribas y cerrar la boca a Crescente el Cínico, quien vomitaba torrentes de blasfemias contra los cristianos, no temiendo reprocharle su temor a la muerte, su lujuria, sus deseos ardientes apasionados de placeres. Pero Crescente el Cínico puso todo su cuidado y empleó toda clase de artimañas para acusarlo de ser cristiano; Justino derramó su sangre por Cristo.

CAPÍTULO 24º

Melitón de Asia, obispo de Sardes (capital de la Lidia -nota del traductor-), escribió y ofreció al emperador M. Antonino Vero, que había sido discípulo del orador Frontón, un libro en favor del dogma cristiano. También escribió otros libros entre los que señalamos dos sobre la Pascua, uno sobre la Vida de los Profetas, otro sobre la Iglesia, otro sobre el Día del Domingo, otro sobre los Sentidos, otro sobre la Fe, otro sobre el Alma y el Cuerpo, otro en torno al Bautismo, otro sobre la Verdad, otro sobre la Generación de Cristo y otro sobre su profecía, un libro sobre la hospitalidad, otro cuyo título es “Clavis” (“Llave”), otro libro sobre el diablo, otro sobre el Apocalipsis de Juan, otro sobre la Encarnación de Dios y seis libros de Églogas. Tertuliano alaba su ingenio elegante y oratorio en los siete libros que escribió contra la Iglesia en favor de Montano, indicando que muchos de los nuestros lo tenían por profeta.

CAPÍTULO 25º

Teófilo, sexto obispo de la Iglesia de Antioquía, bajo el emperador M. Antonino Vero redactó un libro, que se conserva todavía, contra Marción. Se considera que son suyos los tres volúmenes contra Autolyco. También es autor de un libro contra la herejía de Hermógenes y de otros breves y elegantes tratados, destinados a la edificación de la iglesia. Atribuidos a

él, leí los comentarios al Evangelio y a los Proverbios de Salomón, que no me parecen adecuarse, ni de lejos, a la elegancia y estilo de los volúmenes anteriormente citados.

CAPÍTULO 26º

Apolinar, obispo de Hierápolis, en Asia, floreció y brilló bajo el emperador M. Antonino Vero a quien dedicó y entregó un insigne volumen en favor de la fe de los cristianos, escrito por él. Fue autor además de cinco libros contra los Gentiles; dos sobre la Verdad contra los Cataphrygas, que acababan de surgir con Prisca y Maximilla, locas profetisas, al mismo tiempo que comenzaba Montano.

CAPÍTULO 27º

Dionisio, obispo de la Iglesia de los Corintios, dotado de una elocuencia y habilidad tales que no solamente instruía a la población de su ciudad y provincia, sino que también instruía con sus cartas a los obispos de otras ciudades y provincias. Una de esas cartas la envió a los Lacedemonios, otra a los Atenienses, una tercera a los habitantes de Nicomedia, una cuarta carta envió a los Cretenses, otra carta -la quinta- la envió a la Iglesia de Amastris y a las otras Iglesias del Ponto; su sexta carta a los Cnossianos y a su obispo Pinyto; la séptima carta la escribió a los romanos y la

dirigió a Soter, su obispo; la octava a una santa mujer, Chrysofora. Destacó y brilló durante el mandato de los emperadores M. Antonino Vero y L. Aurelio Commodo.

CAPÍTULO 28º

Pinyto de Creta, obispo de Cnossia, escribió una carta muy elegante a Dionisio, obispo de los Corintios. En esa carta enseña que no siempre se ha de alimentar con leche a los fieles, no sea que al final de sus días estén como niñitos, Sino que hay que alimentarlos con solidez, para que lleguen a una espiritual ancianidad. También Pinyto de Creta brilló durante el mandato de los emperadores M. Antonino Vero y L. Aurelio Commodo.

CAPÍTULO 29º

Tatiano primeramente adquirió una prestigiosa fama enseñando oratoria, mediante el arte de la retórica. Fue discípulo de Justino, mártir. Durante el tiempo en que permaneció en la Iglesia, floreció con éxito en Ella. Pero posteriormente dió a luz una nueva herejía, llamada “enkratismo”, desarrollada por Severo, por lo que sus partidarios herejes, se llaman hoy todavía Severianos. Tatiano escribió infinidad de volúmenes, de los cuales ha llegado hasta nosotros uno contra los Gentiles, especialmente insigne. También

Tatiano destacó durante el mandato de los emperadores M. Antonino Vero y L. Aurelio Commodo.

CAPÍTULO 30º

Felipe, obispo de la ciudad de Gortyna, en Creta, del que habla Dionisio en su carta a esa ciudad, escribió una obra relevante contra Marción, durante el mandato de los emperadores M. Antonino Vero y L. Aurelio Commodo.

CAPÍTULO 31º

Musano, no el menos noble entre los que escribieron sobre el dogma eclesiástico, fue autor de un libro contra Marción, dirigido a algunos hermanos que habían abandonado la Iglesia por la herejía de los encratitas, durante el mandato del emperador M. Antonino Vero.

CAPÍTULO 32º

Modesto vivió durante el mandato de los emperadores M. Antonino y L. Aurelio Commodo. Escribió contra Marción un libro que conservamos todavía. La autoría que se le atribuye respecto de otros libros, es rechazada por los eruditos.

CAPÍTULO 33º

Bardesanes, valorado y reconocido con singular estima en Mesopotamia. Comenzó siendo discípulo de Valentín, para refutarlo posteriormente, al dar origen a una nueva herejía. Según los sirios era de alma sumamente ardiente y vehemente en extremo en las disputas. Escribió innumerables obras contra casi todos sus contemporáneos herejes. Es de destacar sobre todo, por su fuerza y claridad, el libro que entregó a M. Antonino sobre el Destino. Es autor de otras obras sobre la persecución, traducidas por sus discípulos del siríaco al griego. Si la traducción tiene tal nervio y fuerza, ¿qué habrá de decirse del texto original?

CAPÍTULO 34º

Victor, décimo-tercer obispo de Roma, autor de varios opúsculos sobre la Pascua y otros temas. Gobernó la Iglesia diez años, durante el mandato de Severo.

CAPÍTULO 35º

Ireneo, presbítero de Pothino; en las Galias, obispo de Lión, a causa de los mártires de esta ciudad, fue enviado, para tratar algunas cuestiones concernientes a su Iglesia, a Roma, portador, para el Papa Eleuterio, de cartas honoríficas para su nombre. Posteriormente, cuando ya Fotino llegó a nonagenario, y

recibió la corona del martirio por Jesucristo, fue sucedido por Ireneo. Consta que Ireneo fue discípulo de Policarpo, sacerdote y mártir, del que ya hemos hecho mención. Escribió cinco libros contra las herejías y un breve volumen contra los gentiles; otro sobre la disciplina; otro sobre la Predicación Apostólica a su hermano Martiano. Así mismo es autor de un libro, conteniendo varios tratados; también de otro libro sobre el Cisma, dirigido a Blas; de otro libro sobre la Monarquía, dedicado a Florino, en que demuestra que Dios no es autor del mal. Además tiene un magnífico comentario sobre el número ocho, al fin del cual, mostrándose cercano a los tiempos apostólicos, escribe: “En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, por su gloriosa venida en que juzgará a vivos y muertos, te conjuro a ti, que copias este libro a que prestes atención y lo compulses de suerte que, después de haberlo copiado, lo corrijas con toda meticulosidad, conforme al ejemplar que te sirvió de modelo. Así mismo te conjuro a que copies exactamente este mismo conjuro, como lo encuentras en el ejemplar.” Se habla también de otras cartas suyas, dirigidas al Pontífice Romano Victor, sobre la Pascua. En esas cartas le advierte para que no rompa con facilidad la unidad del Colegio; ya que Victor había creído que algunos obispos de Asia y Oriente, que celebraban la Pascua con los Judíos, el día catorce de la luna, habían de ser condenados. No aceptaron en absoluto esta sentencia los que celebraban la Pascua en día diferente. Brilló sobre todo durante el mandato de Commodo, que había sucedido en el imperio a M. Antonino Vero.

CAPÍTULO 36º

Panteno, filósofo estoico, según una antigua costumbre de Alejandría, donde, desde el evangelista Marcos, los eclesiásticos eran siempre doctores, gozó de la misma plenitud de sabiduría y erudición, en las Escrituras Sagradas que en la literatura profana. Habiendo sido solicitada su presencia en la India, por legados de ese país, fue enviado allí por el obispo de Alejandría, Demetrio. Allí, en la India, descubrió que san Bartolomé uno de los Doce, había predicado la venida de nuestro señor Jesucristo según el Evangelio de Mateo, escrito en Hebreo, que se llevó consigo a su regreso a Alejandría. Se conservan muchos comentarios suyos a la Escritura Santa, pero más sirvió a la iglesia de viva voz. Enseñó bajo el mandato de Severo y Antonino Caracalla.

CAPÍTULO 37º

Rhodon, de Asia, formado en Roma sobre la Sagrada Escritura por Tatiano, de quien ya hemos tratado, es autor de muchos escritos, principalmente de una obra contra Marción, en que trata de las discrepancias entre los mismos marcionitas, y contra el anciano Apelle, otro hereje sobre el cual, en tiempo pasado, había vencido y del que se había burlado porque aseguraba ignorar el Dios que adoraba. En ese mismo libro, dirigido a Callistion, recuerda haber tenido a Tatiano como maestro en Roma. Elaboró además elegantes tratados

sobre la Obra de los Seis Días, y un libro especialmente digno de mención contra Cataphrygas durante el mandato de Commodo y Severo.

CAPÍTULO 38º

Clemente, presbítero de la Iglesia de Alejandría, discípulo de Panteno al que ya nos hemos referido anteriormente, tras la muerte de su maestro, tuvo a su cargo la escuela de Alejandría y fue maestro de las catequesis. Han llegado a nosotros hermosas obras suyas, tanto en lo que se refiere a la Escritura Santa, como a la literatura profana. De su producción hay que destacar ocho libros titulados “Strómatas”, ocho libros sobre las “Hipótesis”, un libro contra los Gentiles, tres libros de Pedagogía, un libro sobre la Pascua, en torno al ayuno; otro libro con este título: ¿Qué rico se salvará? Otro libro sobre las malas lenguas; otro sobre los Cánones eclesiásticos y contra los que siguen el error de los judíos, libro que él mismo leyó a Alejandro, obispo de Jerusalén. En su libro “Strómatas”, cita el volumen de Tatiano contra los gentiles, del que ya hemos hablado. así como la Cronografía de un cierto Casiano, opúsculo que no he logrado encontrar. Entre los judíos cita así mismo a Aristóbulo, Demetrio y Eupolemo, autores de escritos contra los Gentiles, que han defendido los orígenes de Moisés y de la nación judía, a ejemplo de José. De Alejandro, obispo de Jerusalén, que más tarde gobernó la Iglesia con Narciso, nos queda una carta, dirigida a los habitantes de los Antioquenses,

sobre la ordenación del confesor Asclepiadis, felicitándolos, y terminando con estas palabras: “Señores y hermanos, por mediación de Clemente, bienaventurado presbítero, varón ilustre y probado a quien ya conocéis, y a quien volveréis a encontrar ahora más profundamente, os he transmitido este escrito. Cuando Clemente, conducido por la providencia y visitación de Dios, vino aquí, confirmó e hizo crecer la Iglesia del Señor”. Consta que Orígenes fue discípulo suyo. Vivió bajo el mandato de Severo y Antonino.

CAPÍTULO 39º

Miltiades, citado por Rhodon en su obra contra Montano, Prisca y Maximilla, escribió contra los mismos su obra principal, y otros libros contra los Gentiles y los Judíos. Dio un libro de apología a los emperadores de aquel tiempo. Vivió bajo el mandato de M. Antonino y Commodo.

CAPÍTULO 40º

Apollonio, uno de los hombres mejor dotado para la disertación, también escribió contra Montano, Prisca y Maximilla un libro largo y hermoso, en el que asegura que Montano y sus profetisas locas perecieron en la horca. Entre otras muchas cosas, a propósito de Prisca y Maximilla dice: “Si pretenden no haber recibido regalos, que confiesen que no son profetas los que los

reciben, y yo lo probaré mediante mil testigos. Otros frutos hacen reconocer a un profeta. Dime: ¿Se peina artificiosamente un profeta? ¿Se disfraza y compone los ojos? ¿Es portador de perlas y vestidos recargados? ¿Juega a las damas, a las fichas y a los dados un profeta? ¿Recibe dinero un profeta? Que respondan si todo esto es permitido o no. Por mi parte, yo les mostraré lo que han hecho”. En el mismo libro dice que en relación al momento en que escribe, hace cuarenta años que ha comenzado la herejía de los Cataphygaros. Tertuliano, después de haber publicado seis volúmenes contra la Iglesia, sobre el éxtasis, escribió un séptimo volumen contra Apollonio, en el que trataba de defender todo lo que él había atacado. Apollonio vivió durante el mandato de Commodo y Severo.

CAPÍTULO 41º

Serapión, ordenado obispo de Antioquía, durante el undécimo año de Commodo, escribió una carta a Carico y Pontio sobre la herejía de Montano. En esa carta escribe: “Para que sepáis cómo se rechaza en todo el mundo la locura de ese dogmatismo, es decir, de esa nueva profecía, os he enviado los escritos del bienaventurado Apolinar, obispo de Hierápolis, de Asia”. Escribió también un volumen que envió a Domnino, que en el momento de la persecución se había inclinado hacia los judíos. Escribió otro libro sobre el evangelio que se dice ser de Pedro, que envió a la Iglesia de Rhosas, en Cilicia, que había caído en

la herejía a causa de la lectura de ese evangelio. En algunos lugares se leen algunas cartas breves que responden al género ascético de vida del autor.

CAPÍTULO 42º

Apollonio, senador romano, acusado de ser cristiano fue entregado a Severo, por un esclavo, durante el mandato de Commodus. Al ordenarlo que diera cuenta de su fe, compuso un magnífico volumen que leyó en pleno senado. Con todo, y por la sentencia del senado, fue decapitado por Cristo conforme a una antigua ley, según la cual los cristianos que han sido conducidos al juicio no pueden ser perdonados, si no media una negación formal.

CAPÍTULO 43º

Teófilo, obispo de Cesarea, en Palestina, llamada en otro tiempo Torre de Straton, durante el imperio de Severo, se opuso a los que, con los judíos, celebraban la Pascua el día catorce de la luna, y con otros obispos escribió una carta sinodal muy útil.

CAPÍTULO 44º

Bacchylo, obispo de Corinto, destacó eminentemente bajo el mismo emperador Severo; escribió, en

nombre de todos los obispos de Achaia, un libro elegante sobre la Pascua.

CAPÍTULO 45º

Polycrates, obispo de los Efesios, con los otros obispos de Asia, que según una antigua costumbre celebraban con los Judíos la Pascua el catorce de la luna, escribió a Victor, obispo de Roma, una carta sinodal en la que enseña seguir al apóstol Juan y la autoridad de los antiguos. De esa carta extraemos los textos siguientes: “Celebramos ese día inviolable, sin añadir ni quitar nada. Pues en Asia se han apagado las antorchas que se alumbrarán de nuevo en el Día del Señor, cuando vendrá de los cielos, en su majestad, a resucitar a todos los santos; menciono a Felipe, uno de los doce que se durmió en el Señor en Hierápolis, y a sus dos hijas que han alcanzado la ancianidad en su virginidad, y una tercera hija que, llena del Espíritu Santo, murió en Éfeso. Y a Juan, que se recostó y descansó sobre el pecho del Señor, cuya frente era portadora de una lámina de oro, como hoja de espada, y se durmió en el Señor, en Éfeso, mártir y doctor. A Policarpo, obispo y mártir, que descansa en Esmyrna. Thraseas, también obispo y mártir de Eumenia, que también descansa en Esmyrna. ¿Qué necesidad hay de recordar los nombres del obispo y mártir Sagaris, enterrado en Laodicea; y el del bienaventurado Papirio, y el del eunuco Melitón, que siempre ha servido al Señor en el Espíritu Santo y cuyo

cuerpo, enterrado en Sardis, espera la resurrección, cuando venga el Señor. Todos esos personajes han celebrado la Pascua el catorce de la luna, manteniéndose en la tradición evangélica, como fieles en la observancia de los cánones eclesiásticos. Yo también, el último de todos, Polycrato, conforme a la doctrina de los siete obispos vecinos, siendo yo el octavo. Siempre he celebrado la Pascua, cuando el pueblo Judío tomaba los ázimos. Así, pues, hermanos, a mis 65 años de edad en el Señor, informado por muchos hermanos de todos los puntos del mundo, tras haber escrutado la Escritura, no temeré a los que nos amenazan. Mis mayores me dijeron: “Obedeced a Dios más que a los hombres.” El citar este texto era para mostrar, mediante este pequeño opúsculo, la calidad y la autoridad del autor. Vivió durante el mandato de Severo, simultáneamente a Narciso de Jerusalén.

CAPÍTULO 46º

Heráclito escribió un comentario sobre el Apóstol, durante el mandato de Commodo y Severo.

CAPÍTULO 47º

Máximo, bajo el mandato de los mismos emperadores, ha tratado en un magnífico volumen la famosa cuestión del origen del mal, y la autoría de la materia por Dios.

CAPÍTULO 48º

Cándido escribió tratados muy hermosos sobre la Obra de los Seis Días, durante el mandato de Commodo y Severo.

CAPÍTULO 49º

Appion escribió parecidamente a Cándido sobre la Obra de los Seis Días, durante el mandato de Severo.

CAPÍTULO 50º

Sexto escribió un libro sobre la Resurrección, durante el mandato de Severo.

CAPÍTULO 51º

Arabiano escribió algunos opúsculos sobre el dogma cristiano, durante el mandato del mismo Severo.

CAPÍTULO 52º

Judas disertó ampliamente sobre las Setenta Semanas de Daniel, y nos dejó una cronografía de los tiempos anteriores, hasta el sexto año de Severo; en ella se